

El país chiquito

Carlos José Reyes

loqueleo

El viaje

7

¿Y cómo es volar?, me preguntó mi hermano cuando le conté que para irnos subimos a un pájaro enorme, con alas de hierro en el que después de sentarnos tuvimos que amarrarnos a unos asientos para que no nos cayéramos. El aparato comenzó a sonar durísimo, se movió a toda carrera y de pronto se elevó y comenzó a volar, hasta subir por encima de las nubes. Yo miraba por una pequeña ventana y podía ver lo nunca visto... un mar de nubes abajo y nosotros encima.

Mi hermano se llama Álvaro, pero le dicen Albaricoque, y yo terminé llamándolo Coque porque es más cortico. El pobre no había podido

ir con nosotros a Cartagena porque estaba enfermo y nuestra abuelita se había quedado en la casa para cuidarlo. Al llegar, Coque se puso muy contento de vernos y estaba pendiente de todo lo que yo le podía contar de nuestro viaje. Su curiosidad creció cuando abrimos las maletas y comenzamos a sacar lo que habíamos traído. Abría los ojos lo más que podía para ver cada cosa: los regalos que le trajeron y también mis tesoros. El más importante era un caracol grande, que uno se podía poner en el oído y escuchar un ruido como de túnel profundo, de cuando corre el aire por dentro. El caracol también guardaba el sonido del mar, que se podía oír aunque uno estuviera encima de las montañas, como nosotros en esta ciudad. El otro tesoro grande que traje era una estrella de mar, que era fácil comprobar que estaba muerta y no se iba a escapar, porque era dura como una piedra y se quedaba quieta aunque uno la tocara.

Parecíamos rodeados de un océano de algodón, aunque a veces se abría un agujero que dejaba ver lo que había allá abajo... el verde de las montañas, a veces un río que se movía de un lado a otro como una culebra y aquí o más allá, hileras de casitas muy pequeñas, de los pueblos y ciudades que íbamos dejando atrás y que aparecían ante nuestros ojos como un mundo de juguete. Me imaginaba que me había vuelto muy pero muy chiquito y me había montado en uno de esos avioncitos de papel que echábamos a volar desde la ventana del segundo piso, solo que este en el que ahora viajábamos era tan liviano como para poder volar por encima de las nubes y tan fuerte y sólido como para aguantar el peso de todos los que íbamos adentro. Era la primera vez que montaba en avión y al estar allí, en pleno vuelo, me parecía que habíamos salido del planeta y nos acercábamos a otro mundo, y algo así fue lo que ocurrió más adelante.

Después de haber visto las cosas por encima, lo que ahora apareció ante mis ojos fue el mar. Parecía como si el cielo hubiera aterrizado con su enorme manto azul, el mar era de un azul distinto al del cielo, por eso uno no podía confundir una cosa con otra. A Coque le hice un dibujo y tuve que buscar dos distintas formas de azul para mostrarle la diferencia. A medida que nos acercábamos al mar, sentía como si el aparato se fuera a meter debajo del agua y llegar a un mundo submarino. Tal vez desde la ventanilla podría ver los peces como aparecían en libros y revistas ilustradas. El agua estaba cada vez más cerca, hasta que de pronto apareció un piso de arena brillante, como de oro, y luego otro piso más duro, como una gran avenida, que era la pista de aterrizaje. Cuando el avión se detuvo los pasajeros respiraron con alivio y aplaudieron. Yo nunca supe a quién aplaudíamos, si al piloto del avión o a nosotros mismos.

Coque estaba muy atento a lo que le estaba contando y se quedó pensando en los pueblos y ciudades con casitas muy chiquitas, creo que de ahí nació la idea de inventar un juego distinto a todos los que habíamos jugado antes. Yo seguí contándole del avión hasta que nos acostamos y apagamos la luz, pues nuestras camas quedaban en el mismo cuarto y podría contarle todo lo que había visto y oído para que él se lo imaginara como si de alguna manera también hubiera estado allí. Para eso sirven los cuentos.

11

Al otro día seguí con la historia del viaje, pues cuando bajamos del avión y nos acercamos a la ciudad descubrí que no solo habíamos viajado por el espacio, sino también por el tiempo. A un lado de donde estaban las casas y calles se levantaba una muralla de piedra, como las que había visto en libros ilustrados sobre la época de los espadachines, los piratas y los caballeros andantes. Al pasar por una puerta que

había en la muralla, y que parecía un túnel con un gran reloj encima, me convencí del todo que aquella era una ciudad encantada, como las de los cuentos e historias fantásticas. Nos dirigimos entonces al hotel, que quedaba dentro de la muralla y dejamos allí las maletas para ir a caminar por las callejuelas de otros tiempos, pintadas de blancos y amarillos que brillaban cuando los rayos del sol golpeaban sus muros.

Después de cambiarnos de ropa, fuimos a dar una vuelta por aquella ciudad mágica y misteriosa. Algunas calles eran un poco redondas y estrechas, y aún tenían coches movidos por caballos, para llevar a la gente de un lado al otro. Había también plazas llenas de árboles muy altos, que daban sombra, y por donde corría un aire que refrescaba la cabeza ante tanto calor que hacía. En las plazas se podían ver flores de vivos colores que no había visto nunca y que exhalaban un aroma delicioso, el

perfume de la naturaleza de aquella ciudad llena de sorpresas.

Caminamos y caminamos hasta que empezaron a dolernos los pies, pero mi papá no quería parar pues aún nos faltaban muchas cosas por ver. ¿Cómo habrían podido llevar hasta allí esas piedras tan grandes y tan pesadas para levantar las murallas? Los hombres de antes tendrían que tener músculos más fuertes que los nuestros para aguantar ese peso y poner las piedras unas encima de las otras. Los días pasaban y las sorpresas se sucedían una tras otra, como en una película de aventuras. Ahora íbamos en un barco de motor, flotando por encima del agua, cruzando la bahía de Cartagena, que era un lago que se comunicaba con el mar por dos aberturas llamadas *Bocagrande* y *Bocachica*. Bocagrande era la entrada más grande pero parecía estar cerrada. Por lo que me contaron, cuando aquí vivían los españoles, que eran los

dueños de la ciudad, habían cerrado la entrada de Bocagrande con una muralla submarina. Yo no entendía por qué lo habían hecho y no me explicaba en qué forma esos hombres habían podido meter unas piedras muy grandes y pesadas debajo del agua y pegarlas unas con otras. Habían construido una muralla que nadie podía ver, aunque todos les creyeran a los que decían que estaba ahí. Así mantenían afuera a los barcos de los piratas que querían apoderarse de la ciudad para robarse todas las cosas valiosas que había adentro, cofres con tesoros, monedas, joyas, figuras, adornos de oro y cuanto objeto, mueble y demás artículo de valor pudieran robar. Si los piratas intentaban entrar por ese lado, el barco se estrellaría y se le metería el agua adentro, hasta hundirse, y entonces los piratas se irían nadando hasta la playa y los soldados que estaban escondidos detrás de las murallas saldrían y los meterían

a todos en la cárcel. Nosotros no nos estrellamos porque el señor que manejaba el barco ya se sabía el cuento y no era tan bobo como para meterse por ahí.

Navegamos un rato acompañados por pájaros que hacían ruidos como si hablaran, yo no sabía si hablaban saludándonos o despidiéndonos pero nos acompañaron hasta que nos acercamos a la otra entrada, a la que llaman Boca-chica. Al verla de cerca noté que era más grande que la primera, tal vez porque por esta parte los barcos sí podían entrar y salir ya que no había ninguna muralla bajo el agua. Pero entonces yo pensaba: ¿por qué los piratas no aprovecharon para entrar por ahí, en vez de intentarlo por el otro lado? Un señor que nos acompañaba para explicarnos lo que estábamos viendo nos dio la respuesta: se podía entrar, pero solo con un permiso dado por el rey o por el que mandaba en la ciudad, pues para detener a los enemigos

o a los piratas (que podían ser los mismos) habían edificado dos castillos de piedra. En un lado, con muros muy altos, estaba *San Fernando de Bocachica*, un castillo enorme que tenía unos cañones de hierro que disparaban balas redondas, también de hierro. Del otro lado, un casti-
llo largo y más bajito, llamado *La batería de San José*, en el que los cañones disparaban contra el
armazón de los barcos (en esa época todos eran de madera), y esas bolas les pegaban durísimo y les abrían unos agujeros enormes por donde se les entraba el agua y se hundían.

El castillo de Bocachica era raro y misterioso. Estaba construido con piedras bien cortadas y pegadas unas encima de las otras. Por dentro había unos largos corredores que eran como túneles por donde se movían los soldados que cuidaban la entrada y defendían la ciudad. En la terraza que cubría todo había un agujero, o una especie de ventana o claraboya,

como la llamaban allí, desde donde se podía hablar con alguien que estuviera al otro lado, al fondo de los corredores, sin subir mucho la voz, como si fuera una conversación telefónica. Me explicaron que en esa época aún no se habían inventado los teléfonos y usaban ese hueco para avisarles a los que estaban adentro que se levantaran rápido y alistarán los cañones, porque a lo lejos se veía cómo se iban acercando los barcos de los piratas.

17

Mi hermano Coque abría los ojos impresionado con la idea de los piratas y quería saber cómo eran las murallas de piedra y sobre todo qué forma tenían esos túneles que había dentro del castillo y qué se sentía cuando uno caminaba por dentro de ellos y si no me daba miedo de que pasara algo raro allí, en esa cueva oscura. Yo le prometí que íbamos a hacer un túnel como los que había visto, aunque no fuera de piedra, porque resultaría algo muy pesado y

por eso imposible de mover para nosotros, sino un material más liviano que pudiéramos pegar de alguna manera para jugar adentro cuando lo hubiéramos terminado. Se parecería al túnel del castillo, pero hecho por nosotros mismos. Coque dijo que eso era como un sueño muy difícil de hacer estando uno despierto, pero se pondría muy contento si lográbamos levantarlo con nuestras propias manos.

